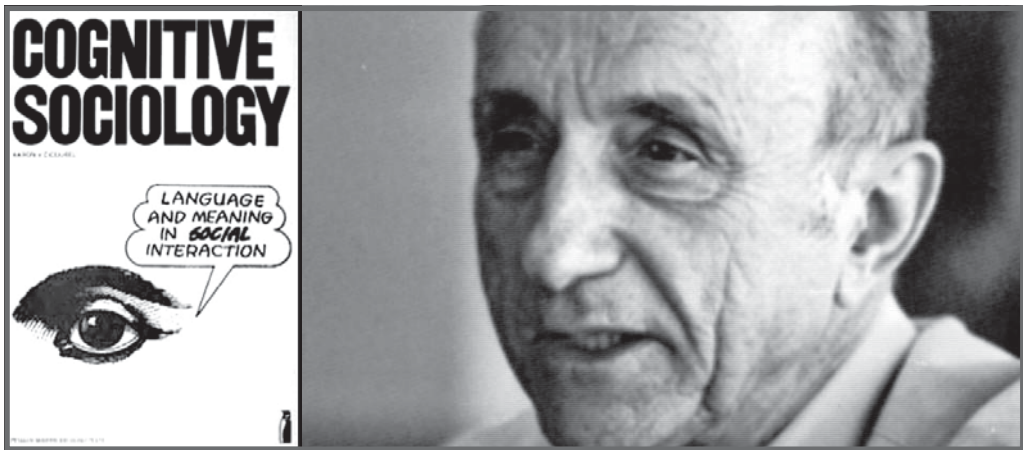


Teoría y metodología para los actores situados

Una semblanza intelectual de Aaron Cicourel

Ernesto Meccia*

309



Entrevista

Aaron Víctor Cicourel es un sociólogo estadounidense nacido en 1928. Interesado originariamente por la psicología experimental, obtuvo la licenciatura en 1951 en la Universidad de California de Los Angeles. En 1955 se dirigió a la Universidad de Cornell para cursar un doctorado en sociología. Luego, en 1957, retorna a California para la realización de un posdoctorado, época en la cual tuvo un destacado protagonismo en la emergente corriente de pensamiento etnometodológica. A partir de 1970 se instaló por muchos años en la Universidad de California de San Diego desde donde estableció contactos con hospitales universitarios, convertidos en los escenarios empíricos predilectos para forjar y cotejar un curioso y original cuerpo teórico y metodológico. En la actualidad se encuentra trabajando para el Institute for Health and Aging de la Universidad de California de San Francisco y el Institute for the Study of Societal Issues de la Universidad de California de Berkeley.

* Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional del Litoral.

Por cierto, tiene un dejo de extrañeza y hasta de exotismo escribir sobre Cicourel en el medio académico argentino. A pesar de ser uno de los más agudos expositores de los problemas metodológicos de las ciencias sociales y uno de los aportantes más finos e inteligentes al desarrollo de las metodologías cualitativas, su obra –casi sin excepciones– aún no ha sido incorporada a los planes de estudios, todavía vehiculizadores casi exclusivos de la macrosociología. Podríamos sostener que la trascendencia de su obra en Argentina es de un tipo muy particular, ya que mezcla la constancia con una siempre renovada inminencia: valga como ejemplo la anécdota repetida del estudiante que tiene en mano un objeto analítico que no alcanza a descifrar con las recetas que le hicieron conocer y que pregunta: “¿Cicourel estudió estos temas, verdad?”, latiendo en esa pregunta el reclamo por las traducciones que no llegan y por ese seminario (de grado o posgrado) “exclusivo” que no se debería tardar más en ofrecer.

Cicourel es dueño de una notoriedad constante e inminente que es la misma que, de forma convergente, han tenido los conceptos con los que trabaja, las escuelas de pensamiento sociológico a las que éstos pertenecen y los autores que le han dado entidad a las mismas. En efecto, piénsese en conceptos como “reglas”, “razonamiento práctico” “procedimientos interpretativos”, “escenarios socialmente organizados de comunicación”, “adquisición de sentido”, “pérdida de sentido”, “cláusula del etcétera”, “reciprocidad de perspectivas”, “habitus”, “cognición”, “percepción”, “atención”, “memoria”, “carrera”, o en corrientes como “etnometodología”, “interaccionismo simbólico”, “fenomenología”, “sociolingüística” o “sociología cognitiva” o en sus principales representantes Harold Garfinkel, Erving Goffman, Harvey Sacks, y (en menor medida) Alfred Schutz y Howard Becker y se tendrá la sensación de que en esos “allí” existen desde hace décadas lugares legendariamente promisorios que, con todo, no nos hemos atrevido a transitar.

Tal vez, esta dilatada situación de titubeo exprese el temor colectivo de algunos campos académicos a volcarse sin temor a enfoques analíticos que se siguen etiquetando cómodamente como “microsociológicos”, desconociendo que lo micro no implica la negación de lo macro sino, primordialmente, una exhortación a refinar los análisis y a ahuyentar los fáciles determinismos del magro lenguaje multi-propósito de la macrosociología.

En lo fundamental, Aaron Cicourel ha sido y es un estudioso de las “situaciones sociales” y de los “procesos de interacción social” en los cuales ha tratado de poner en concurrencia a la sociología con otras disciplinas, como la psicología social, la antropología, las ciencias del lenguaje, y las neurociencias (especialmente la cognitiva), entre otras. Ha estudiado los procesos de “adquisición” del sentido de la estructura social en los niños desde un punto de vista teórico (1974) y empírico –en perspectiva comparada– (1978, 2006), así como los procesos de “pérdida” del sentido social en personas con Alzheimer y su impacto en los distintos entornos sociales. Asimismo, indagó los palmarios paralelismos entre las actuaciones de distintos agentes de control social (entre ellos, la escuela) referidos a la creación de jóvenes “desviados” (1968) por medio de sucesivos otorgamientos institucionales de eti-

quetas negativas, tesis que, en su momento, hacía añicos las teorías sobre el papel de las subculturas marginales en la explicación etiológica de los fenómenos delincuenciales. Por lo demás, sus aportes a la sociología de la salud son muy reconocidos (1982, 1992, 2007) vista la reconocida capacidad de articular teórica y empíricamente sus reflexiones acerca de las transformaciones de los contextos socialmente organizados para la comunicación entre médicos y pacientes.

Cicourel demostró sensibilidad por los problemas metodológicos en un estudio sobre fertilidad realizado en Argentina (1973), en particular, por los problemas de la medida y la codificación relativos a la significancia de la actitud de “tener hijos”. Imaginemos el *quantum* de sensibilidad que significaba en aquel entonces esta tripartición admonitoria: las significaciones del actor en su entorno de organización social natural por lo general no son coincidentes con las significaciones que se manejan en el marco de la investigación cuyos participantes lo interrogan, ni mucho menos las primeras son las mismas cuando ese mismo actor es convertido en un “entrevistado”. En numerosísimas ocasiones Cicourel denunció cómo las investigaciones magnificaban esta falsa familiaridad de sentidos, lo que tenía por resultado un auténtico silenciamiento de los objetos analíticos de la sociología.

En este marco, discutiendo con Paul Lazarsfeld y Allen H. Barton afirmó que “las reglas normativas que dirigen la percepción y la interpretación que de su medio tiene el actor y las normas metódicas y teóricas que dirigen la interpretación del observador sobre el mismo medio de objetos” (1964/1982: 48) eran, lamentablemente, presas de suposiciones que llevaban a creer que ambas eran fácilmente determinables y manipulables cuando, en realidad, representaban el gran desafío para el afinamiento de la metodología y para la restitución de la voz a los actores sociales en los informes académicos.

Para tener más idea de las fructíferas intervenciones de Cicourel en los debates metodológicos y de su permanente postura a favor de la supremacía de la perspectiva del actor, baste recordar una cita de Lazarsfeld y Barton que presenta en su primer gran obra “El método y la medida en sociología” (1964/1982), la única traducida al español en 1982 y cuya reedición en 2011 ha anunciado el Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid. Ambos metodólogos habían escrito que, por ejemplo, si se pretendía clasificar las razones por las cuales las mujeres compraban cosméticos los sociólogos no debían escuchar los “muchísimos comentarios que serían difíciles de agrupar por lo que parecen” (1964/1982: 48). Lejos de ello, lo primero que debían hacer era “imaginar a una mujer comprando y utilizando cosméticos” (1964/1982: 48). Tal imaginación permitía (al analista) identificar todas las razones del acto a estudiar, entre ellas: “tomar consejo de las personas que conoce o de la publicidad. (...). También la mujer puede tener sus propias experiencias, motivos y necesidades: quiere adquirir valores de apariencia para impresionar a los otros. (...). Aunque, tal vez, también se preocupe por los posibles efectos sobre la salud de los cosméticos. (...). Por último, está el gasto.” (1964/1982: 48). Así, para Lazarsfeld y Barton, si la imaginación del cientista social funcionaba adecuadamente y en primer término (remarquemos la cuestión

cronológica), la cuestión de la clasificación de las razones del consumo era pan comido: afirmaban que todos los comentarios de las mujeres (¡que nunca escucharon!) podían distribuirse en “cauces de información”, “valores de apariencia”, “aceptación prevista”, “dificultades de aplicación” y “coste” y remataban diciendo que “la clasificación (*a priori*, del analista), volvía a poner, por decirlo así, los comentarios (de las mujeres) en su sitio.” (1964/1982: 48).

Desde una perspectiva como la de Aaron Cicourel un procedimiento de estas características es un ejemplo patente de la lógica asimétrica que ostentaba la investigación social y que bien condensa el dicho popular que refiere al sinsentido de colocar el “carro delante de los caballos”. Debido a la textura de los objetos con los que trabajan los sociólogos, debería ser claro –piensa nuestro autor– que los métodos y las interpretaciones del analista no pueden sobreponerse a los de los actores sociales, cuyos “métodos” (1974) y “procedimientos interpretativos” les posibilitan conceptuar el mundo, a sus interactuantes y a sí mismos. La materia de las ciencias sociales son, justamente, esos “conceptos nativos” que difícilmente puedan poner en su sitio (al menos con la facilidad que recién vimos) las rejillas categoriales de los investigadores.

Cicourel es aquí nuevamente admonitorio: lo que para aquella metodología era a-problemático, expresaba una grave carencia de la sociología, a saber: adolecer de una “teoría de los razonamientos prácticos” (1964/1982) que tienda un puente entre los actores y las estructuras sociales (advértase, de paso, los ecos hallables en las formulaciones de Pierre Bourdieu varios años después). Porque, para sorpresa de los defensores de las macrosociologías estructurales, aquí no se trata de negar las estructuras, sino de procurar identificar las formas en que la gente le va dando sentido. Debe comprenderse, escribió “hasta qué punto el mundo fenoménico reflexivo de los actores obra como mediador forzoso entre lo que a menudo se llama estructura social en sentido macroscópico y las teorías del actor sobre las actividades reales de la vida cotidiana.” (1964/1982: 10). Y también debe comprenderse en la tarea de dar sentido la gente es tan disciplinada como los científicos ya que –al igual que ellos– despliega una serie de “métodos” y “procedimientos” adecuados, asumiendo que “lo adecuado” tiene que ver exclusivamente con el “éxito” (1974) en la tarea de mutua inteligibilidad a la que se entregan de continuo los actores en la dinámica de la vida social (invitamos aquí a apreciar la veta “etno-metodológica” de Cicourel, escuela de la que fue tan fundador como Harold Garfinkel).

No obstante, sus continuadas reflexiones sobre estos asuntos hicieron que trascendiera la etno-metodología y se volcase hacia la “sociología cognitiva”, tal el nombre de su libro de 1974 y de un enfoque de lo social propio que añade a las consideraciones anteriores elementos de las teorías de los aprendizajes lingüísticos (en especial, la de Noam Chomsky) y una revalorización de ciertas zonas del pensamiento de Alfred Schutz.

En 1974, Cicourel parece hablarle menos a los metodólogos (es que ya les había dicho muchas cosas) y estar más preocupado por elaborar una teoría sobre la forma en que los

actores se volvían “competentes” (1974), es decir, adquirirían y ponían en marcha las “reglas del juego” (1974) propias de “escenarios socialmente organizados de comunicación” (1974). Afirmaba que en esos escenarios (parecidos a los “ámbitos finitos de sentido” de Schutz) los actores ponían en acción una serie de “procedimientos interpretativos” (1974) cuya eficacia no podía trasladarse automáticamente afuera. Así, presentó un conjunto de características invariantes de los procedimientos dejando en claro, sin embargo, que lo que debía buscarse eran las “orientaciones sustantivas culturalmente delimitadas” (1974) que los mismos permitían.

Una de las características más interesantes es la aplicación de la “cláusula del etcétera” (1974). Para Cicourel, los actores sociales no pueden andar por la vida diciendo todo: necesitan confiar en que los demás interactuantes “completarán” sus dichos (verbales y no verbales) a través de imputaciones de intenciones que equivaldrían a la consecución de la expresión “truncada”. Sin confianza en la completación de las expresiones de un actor por parte de otro actor, no hay sentido de la estructura social posible. Pero, y aquí está la “promesa” de la cláusula del etcétera, esa completación proviene de un repertorio local y performa un escenario local. Los de afuera (al menos por el momento) no pueden completar esas expresiones. Y si lo hacen (como se hizo en el caso de las “razones” de la compra y consumo de maquillaje) se corre el riesgo de caer en reduccionismos de los que no es fácil salir.

Como esperamos haber demostrado, para quienes pensamos que existen mundos de sentidos (y no sub-universos) dentro de la inconmensurable sociedad, la obra de Aaron Cicourel es de un valor incalculable.

Referencias

- CICOUREL, Aaron V.: *The Social Organization of Juvenile Justice*, New York, Wiley, 1968.
- : “La adquisición de la estructura social. Hacia una sociología evolutiva del lenguaje y el significado” (traducción de Daniela López) en *Cognitive Sociology. Language and Meaning in Social Interaction*, New York, Free Press, 1974.
- : *Theory and Method in a Study of Argentine Fertility*, New York, Wiley, 1973.
- : “Interpretation and summarization: issues in the child’s acquisition of social structure” in GLICK, J. & CLARKE-STEWART, K. A. (Eds.): *The Development of Social Understanding*, New York, Gardner Press, 1978.
- : *El método y la medida en Sociología*, Madrid, Editora Nacional, 1982 (1964)
- : “Language and belief in a medical setting” in BYRNES, H.: *Contemporary Perceptions of Language Interdisciplinary Dimensions*, Georgetown, Georgetown University Press, 1982.
- : “The interpretation of communicative contexts: examples from medical encounters” in DURANTI, A. & GOODWIN, C.: *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

Teoría y metodología para los actores situados. Una semblanza intelectual de Aaron Cicourel

Ernesto Meccia

—: “Les systèmes d`enseignements et les catégories nationales de pensèe” en AAVV: *L`inconscient acadèmique*, Seismo, 2006.

—: “Comunicacao e sobrecarga cognitive em duas situacoes de atendimento mèdico” en *Revista Brasileira de Ciencias Sociais*, n° 22, San Pablo, 2007.

LAZARFELD, Paul & BARTON, Allen: “Qualitative Measurement in the Social Sciences” in LERNER, D. & LASSWELL, H. G.: *The Policy Sciences: Recent Developments in Scope and Method*, Standford, Stanford University Press, 1951.

SCHUTZ, Alfred: “Sobre las realidades múltiples” en *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974.

